

# De la revitalización a la participación. Retos de la antropología urbana ante la “cultura cívica”

(From livable streets to public participation. Challenges of “civic culture” for urban anthropology)

Lamela Viera, Carmen<sup>1</sup>; Vázquez Silva, Iria<sup>2</sup>  
Universidade da Coruña. Dpto. de Sociología y Ciencia Política y de la Administración. Fac. de Sociología. Campus de Elvira.  
15071 A Coruña  
<sup>1</sup>lamela@udc.es  
<sup>2</sup>iriuki@hotmail.com

Recep.: 05.11.2012  
BIBLID [ISSN: 1137-439X, eISSN: 2443-9940 (2013), 36; 483-493] Acep.: 23.02.2014

---

*Este artículo pretende ser un ajuste de cuentas respecto a las demandas que se le hacen al antropólogo urbano como profesional. A través de ejemplos concretos, se reflexiona sobre el problema de los ideales que se le imponen a la antropología aplicada cual priori. En concreto, nos centraremos en la “participación ciudadana”, y en la “revitalización” de los espacios públicos.*

*Palabras Clave: Espacio público. Participación ciudadana. Revitalización urbana.*

*Artikulu honen bidez antropologo urbanoari profesional modura egiten zaizkion eskaeren gaineko kontuak argitu nahi dira. Adibide zehatzak emanez, antropologia aplikatuari a priori ezartzen zaizkion idealen arazoari buruz gogoeta eginarazten da. Zehazki, “hiritarren partaidetza” eta “espazio publikoen birsuspertzea” hartuko ditugu ardatz modura.*

*Giltza-Hitzak: Espazio publikoa. Herritarren partaidetza. Birsuspertze urbanoa.*

*Dans cet article on rend compte des demandes faites à l'anthropologue urbain en tant que professionnel. Avec des exemples précis, on étudie le problème des idéaux imposés à priori à l'anthropologie appliquée. En somme, on a pris en considération la «participation citoyenne» et la «revitalisation urbaine».*

*Mots-Clés : Espace public. Participation citoyenne. Revitalisation urbaine.*

## 1. EL ESPACIO PÚBLICO COMO CONTEXTO CONSTRUIDO Y RECREADO

En los espacios públicos urbanos se representa tanto la vida cotidiana de los ciudadanos y los sucesos intrascendentes del día a día, como las grandes pasiones y tensiones que mueven multitudes. Seguramente la inmensa mayoría de los grandes eventos que marcan la historia, a cualquier escala geográfica, tienen de escenario las calles y las plazas de las ciudades. Pero sabemos que esos espacios públicos no son solo el contexto o escenografía de la trama histórica. Sabemos que son paisajes contruidos cuya materialidad responde, en gran medida, a esas mismas tensiones y pasiones humanas e institucionales.

Detrás de los lugares más emblemáticos de cada ciudad, suele haber una historia que conjuga fuerzas distintas y opuestas, como pueden ser la espontaneidad de un uso recurrente, la actividad ritualizada por la comunidad, o la imposición simbólica y/o normativa del poder institucionalizado que busca potenciar o anular esas tendencias que se desarrollan al margen de su control. Y todos esos procesos y lógicas que impulsan la conformación de los espacios públicos, serán reconocidos y reconstruidos con mayor o menor éxito por cada generación a través de políticas de memoria que siempre son efímeras "...pero dejan huellas materiales que sólo pueden sobre-vivir si son objeto de sucesivas reinterpretaciones que las adapten a los nuevos tiempos. Y así los espacios adquieren una memoria densa e intrincada" (Cardesin, 2009: 418).

En concreto, desde la academia estamos más hechos a una versión que prima la lectura de los espacios públicos transformados y gestionados desde arriba con el objetivo de represaliar, o simplemente prescindir, de los rebeldes y marginados. Así, por ejemplo, estamos plenamente socializados en la lectura de los proyectos de higienismo, limpieza y revitalización de los espacios urbanos, y sus consecuencias sobre las clases y las formas de vivir y de trabajar que no pueden mantenerse en el locus intervenido. Pero las versiones más actuales de proyectos de intervención similares, vienen cargados de un discurso que no estamos tan habituados a analizar críticamente, en gran parte porque el discurso es nuestro; esto es, proviene o es afín a la ciencia social crítica.

Claro que hay precedentes importantes para este reto. Cuando se nos pide que rescatemos el patrimonio cultural, o incluso una variante más paradójica, el "patrimonio industrial", los antropólogos somos plenamente conscientes del ejercicio ideológico que implica, y hay cierta resistencia en aras de una objetividad o distancia académica. No obstante, es solo desde esa conciencia o reflexividad que el antropólogo puede también reclamar este objetivo como propio de su ámbito profesional, a sabiendas de que son procesos generacionales y cíclicos que en el mejor de los casos pueden ser también estrategias de desarrollo local –"Eso sí, evitando mediante la mirada crítica y el rigor analítico los riesgos de ser atrapados por el Escila del esencialismo por el Caribdis de la reificación" (Homobono, 2008: 74).

Pero una de las demandas u objetivos más populares de los últimos tiempos, el de la revitalización de los espacios públicos, apenas ha sido sometido a la re-

flexión crítica. Detrás de esta demanda hay la identificación de algunos problemas a solucionar o evitar, y hay también un ideal, más o menos explícito, de cómo deberían vivirse estos espacios. En general, subyace un ideal de uso intenso y cotidiano por una masa diversa de ciudadanos que socializan cívicamente. Entre los problemas destacan la infrautilización o abandono, la exclusión y la segregación. Tanto los problemas como el ideal remiten, como el concepto mismo, a una doble dimensión urbanística y política.

En las democracias liberales el principio ideológico sobre el que pivota el espacio público (en la doble acepción urbanística y política) es básicamente el mismo: se trata de un espacio abierto a todos, sin exclusiones. Todos somos iguales ante el espacio público, independientemente de la posición social o la cultura de cada uno. Esta es la idea o, si se quiere, la retórica dominante del espacio público. (Aramburu, 2008: 144).

Por lo mismo, en la práctica, son los escenarios en los que se expresan los conflictos latentes entre los distintos intereses materializados en actividades y voluntades que son difíciles de conciliar, como puede ser la intención de socializar jugando al fútbol en la calle, frente a la intención de descansar tomando el sol, o de transitar rápidamente y sin peligros, a pie, en bicicleta o en patinete.

## 2. LA REVITALIZACIÓN DE LOS ESPACIOS PÚBLICOS COMO OBJETIVO

¿Pero cuál es exactamente el objeto de intervención cuando se busca la revitalización de un espacio público? El diseñador y el arquitecto pueden intentar limitarse a la escenografía, a los elementos materiales del contexto, y aún así tendrá que resolver el problema de para quién está diseñando. ¿Y cuál es el objeto de estudio del antropólogo o sociólogo en estos casos? Son escenas, instantes, trozos de la vida social.

Nuestro problema, especialmente frente al cliente y frente al lector, es que no podemos esperar un significado consensuado de estas representaciones sociales, ni siquiera un consenso sobre su caracterización. Todo intento de descomponer la escena en elementos mínimos que, sumados, desvelen una realidad "objetiva", se tropieza con una diversidad de lecturas e interpretaciones activadas desde filtros cognitivos y afectivos que condicionan la percepción.

La confirmación más reciente que conozco, en este sentido, es el de la investigación de Robert J. Sampson, director del programa de ciencias sociales del Radcliffe Institute for Advanced Study de la Universidad de Harvard. La síntesis final de todo el proyecto acaba de ser publicado bajo el título *Great American City* (2012) y ya ha sido señalado como bandera de la nueva revolución en las ciencias sociales (Massey, 2012). No obstante, aquí me remito, en primer lugar, a su artículo de 2009 publicado en el *British Journal of Sociology*, donde se pregunta sobre lo que influye en que un lugar sea identificado como caótico, feo, sucio, o "desordenado", para concluir que dicha percepción es otra dimensión más de la desigualdad social, porque a través del mecanismo de la reputación y del estigma,

reproduce y refuerza las desigualdades. Esto es, ante la pregunta ¿dónde se ve el desorden? La respuesta no es “donde lo hay”. No, la percepción de la “evidencia” de desorden responde a la localización, al barrio mostrado y a la reputación que arrastra. Pero para llegar a esta conclusión, la investigación de Sampson comenzó en 1995 (Sampson y Raudenbush, 1999), cuando desarrolló el instrumento que llamó “Observación Social Sistemática” (OSS): un extenso catálogo de signos de desorden en los espacios públicos (grafiti, coches abandonados, colillas en el suelo, y un largo etcétera). Sus conclusiones actuales son la constatación de que la gente ve lo que quiere ver, y no lo que sus medidas objetivas constatan. Lo expresa a perfección un fragmento literario que el propio autor rescata como introducción a su artículo del BJS, que no puedo resistirme a recoger aquí. Se trata del comienzo de la novela *El Hombre Invisible*, la escrita por uno de los primeros autores negros de EE.UU., Ralph Ellison:

Cuantos se acercan a mí únicamente ven lo que me rodea, o inventos de su imaginación. Lo ven todo, cualquier cosa, menos mi persona... La invisibilidad a que me refiero halla su razón de ser en el especial modo de mirar de aquellos con quienes trato. Es el resultado de su mirada mental, de esa mirada con la que ven la realidad, mediante el auxilio de los ojos (Ellison, 1966: 5).

La experiencia profesional más cercana que tenemos, en la que se evidenció más claramente este dilema, fue en un estudio realizado para el Ayuntamiento de A Coruña sobre el llamado Barrio de las Flores. El Barrio de las Flores fue un barrio periférico de viviendas sociales que hoy, en virtud del crecimiento de la ciudad, tiene una localización privilegiada, además de ser peatonal y ajardinado. Aún más, la Escuela de Arquitectura de la ciudad lleva a sus alumnos a visitarlo anualmente como ejemplo de diseño innovador, estético y humano. No obstante, el comercio dentro del barrio ha muerto, el barrio es un gueto de sus residentes de toda



Figura 1. Escena del Barrio de las Flores (A Coruña).

la vida, y los vecinos reclaman, convencidos, más “seguridad ciudadana”. Para el observador externo, ajeno a la vida social de la ciudad (como era nuestro caso), resultaba sorprendente que en la descripción del Barrio por parte de sus residentes, y también de los coruñeses residentes de otros barrios, no se destacaran las virtudes del mismo. De hecho, algunas de estas virtudes eran fácilmente convertidas en un defecto –por ejemplo, la extensión y distribución peatonal del barrio dificulta que sea patrullado por coches de la policía. De una y otra forma constatamos que la historia del Barrio y su reputación marcaban la percepción y vivencia del mismo. En las Figuras que siguen recogemos tres imágenes ilustrativas de lo que estamos argumentando. La Figura 1 es la fotografía de un paisaje representativo del Barrio de las Flores. Las Figuras 2 y 3 son titulares de la prensa local representativos de los asuntos por los que suele destacar el Barrio en el contexto de la ciudad.

Los retazos de la vida social en los espacios públicos del Barrio de las Flores que captamos durante nuestro trabajo de campo, poco tienen que ver con las es-



Figura 2. Titular sobre el Barrio de las Flores (A Coruña).



Figura 3. Noticia local que remite al Barrio de las Flores.

cenas destacadas por la prensa y por los propios residentes del Barrio. Nosotros captamos una vida social mucho más viva y amable de lo que casi nadie estaba dispuesto a ver. Finalmente comprendimos que éramos víctimas de una gran paradoja: ser contratados para estudiar un barrio “problemático” y el interés de los vecinos por recibir atención y presupuesto para el Barrio incidía en la sobrevaloración de los defectos por parte de casi todos los implicados. En cierta forma, la percepción del ciudadano busca ajustarse a los discursos mediáticos y oficiales que conoce.

Las clasificaciones sociales que se comparten y transmiten discursivamente afectan a todos los ámbitos y filtran toda percepción. Con frecuencia funcionan

como profecías que se autocumplen; y el margen de ambigüedad de las categorías solo incita el debate y la negociación, pero no desactiva la dinámica. En algunos casos puede resultar especialmente evidente la influencia de la clasificación social sobre la percepción y lo percibido, como cuando las categorías forman parte de las ordenanzas legales y son interpretadas por los agentes responsables de su cumplimiento:

Las propias semánticas fijadas administrativamente pueden impedir una mirada clara de los policías hacia las ciudades. Se podría discutir toda la construcción imaginaria y estigmatizante que configuran los términos “barrio sensible”... o “barrio problemático”, tipificaciones que ayudan a clasificar, pero también a predeterminar y a tornar homogéneo lo que por naturaleza es heterogéneo, los mundos sociales (Duraó et al., 2005: 135).

En la vida profesional del antropólogo, la distancia analítica es su principal virtud y su principal problema. Es la distancia la que le podrá llevar también a buscar respuestas y explicaciones fuera del ámbito local que constituye su objeto de estudio, a veces contraviniendo las indicaciones del cliente y los intereses de la “comunidad”... Y tanto la distancia analítica como la confrontación práctica con la realidad política y burocrática del quehacer profesional, nos llevará fácilmente a reflexionar también sobre otra de las demandas más populares de los últimos tiempos: participación ciudadana.

### **3. LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA COMO OBJETIVO**

No es este el lugar para extendernos sobre la diversidad de casos y aspectos que podemos considerar bajo el término “participación”. Se trata de un objetivo que ha sido sometido ya a abundante reflexión crítica desde la Antropología, por lo que la bibliografía sobre definiciones y tipologías es ya casi inabarcable. Aquí solo queremos desarrollar el tema dirigiéndolo concretamente hacia el ámbito de los espacios públicos y a través de la propia experiencia profesional. Comencemos con un ejemplo curioso que remite al extremo más formal de la participación ciudadana: la oportunidad de presentar alegaciones a un plan de urbanismo.

En el año 2002, en la segunda edición de las Jornadas de Antropología Urbana organizadas por Eusko Ikaskuntza-Sociedad de estudios vascos, se presentaron algunos resultados de los trabajos realizados por un equipo de sociólogos para el Plan General de Ordenación Municipal de Vigo. Posteriormente, el Plan en cuestión recibió la cifra record de más de 60.000 alegaciones, fue el objeto de denuncia de fuertes movimientos ciudadanos, y desencadenó la ruptura del pacto político vigente y la consecuente disolución del gobierno municipal.

De lo sucedido podríamos abstraer muchas lecciones. Una de ellas podría ser que nada dicta que la participación ciudadana lleve necesariamente hacia la solución de los problemas planteados, mucho menos hacia la negociación de un consenso. Esa es una de las principales conclusiones a las que llega Miguel Martínez en un reciente análisis de este extraordinario proceso: “The most paradoxical

conclusión that may be drawn from this research is that the higher the level of participation, the more conflictive the interactions” (Martínez, 2011: 166). Desde esta conclusión se puede abrir el debate sobre la participación como objetivo en si mismo, frente a la participación como medio. Pero otra lección *posible* del caso del PGOM de Vigo es que detrás de la “participación ciudadana” subyacen también estrategias políticas organizadas de élites locales que logran “enmarcados” populares, aunque interesados.

En efecto, hay muchas vías por las que cabe cuestionar las virtudes de la participación ciudadana (Ruano, 2010); pero hay un aspecto particularmente problemático a la hora de aplicar el objetivo a proyectos vinculados a algunos espacios públicos de las grandes ciudades; se trata de la identificación y definición del usuario, lo que repercute en la pregunta sobre quién debe ser el sujeto participativo.

El problema de quién queremos que sea el sujeto participativo tiene una doble dimensión técnica y política que, en principio, procede plantearse desde todo tipo de proyecto que incorpore la participación ciudadana como objetivo. En el estudio del Barrio de las Flores, una de las recomendaciones del equipo fue la de promover la apertura del barrio hacia el resto de la ciudad para contrarrestar esa mala reputación cultivada en la distancia y el encapsulamiento urbanístico y social del vecindario. Ello suponía abrir una puerta peligrosa: tal vez habría que plantearse que sobre el futuro del Barrio de las Flores deberían opinar todos los ciudadanos, al menos los coruñeses.

La peligrosidad suponía riesgos económicos directos, porque el Barrio era un mercado inmobiliario a descubrir que hasta el momento se había mantenido, con precios muy bajos, como un mercado interno de los descendientes y amigos de los primeros habitantes del Barrio. En otras palabras, algunos vecinos eran conscientes de los riesgos de la gentrificación... y de los beneficios; pero todo tiene sus tiempos y eran muchos todavía los bloques de viviendas que estaban recibiendo ayudas por programas de rehabilitación, adaptación para discapacitados, mantenimiento de fachadas y jardines, etc. Así vemos que, cuando los vecinos son los sujetos legitimados para participar y deliberar sobre los espacios públicos barriales, estarán participando en cuanto usuarios por excelencia de esos espacios, pero también, en muchos casos, participarán en calidad de propietarios e inversores. No estamos diciendo que ese hecho deslegitime su participación; solo nos recuerda que los intereses en juego pueden entrar en conflicto con otros intereses igualmente legítimos a los que no se les da la oportunidad de “participar”. Este tipo de paradoja se ha visto especialmente reflejada en los problemas relativos a la localización de infraestructuras y servicios considerados peligrosos o desagradables, con la consiguiente activación de movimientos vecinales de repulsa denominados “nimby” (por “not in my backyard”).

Pero el problema de quién debe ser el sujeto participativo en los proyectos de revitalización urbana es un reto mayor mientras más céntrico sea el espacio a intervenir; esto es, en aquellos lugares que tienen muchos más usuarios que residentes. Este es uno de los principales problemas que tenemos que abordar en

los estudios que estamos realizando actualmente sobre el centro amurallado de la ciudad de Lugo. Según el Padrón del 2011, sus residentes (3000), apenas representan el 3% del total de habitantes de la ciudad. No es un dilema nuevo. Ya tiene sus años el proceso progresivo de abandono residencial de los centros urbanos y la primacía de las funciones comerciales y de servicios. La estrategia por excelencia ha sido buscar la participación de los comerciantes, incorporando la atracción turística al catálogo de intereses en juego.

Entre las particularidades del caso de Lugo cabe destacar que se trata de un centro histórico que permanece amurallado en su totalidad, que el proceso de abandono residencial se produjo con considerable retraso, y que es parte de su historia reciente una marcada diferenciación simbólica y de estilos de vida entre el Lugo amurallado (el más urbanita) y el Lugo de extra-muros que, hasta hace relativamente poco y con algunas excepciones, era el equivalente al Lugo "rural" (Lamela, 1998). Por otra parte, ese centro histórico amurallado, aún cuando estaba plenamente poblado de residentes, era el centro comercial, de servicios, administrativo y de algunas ceremonias y cultos, para la extensa población rural que visitaba y hacía un uso intensivo de esta ciudad capital de provincia. Visto así, se nos plantea el interesante reto de dirigir nuestra observación y planes de participación ciudadana hacia una "ciudadanía" ajena y contrapuesta al residente urbano.

#### **4. CONCLUSIÓN**

Sea urbano o sea rural, sea residente o visitante, sea comerciante o propietario, sea trabajador en la zona, turista, o visitante ocasional... son personajes anónimos, son el "animal público" de Manuel Delgado (1999), y apenas tenemos herramientas para estudiar y planificar espacios públicos que den fe de su dinamismo y que abran la puerta a su participación.

En el último libro de Ash Amin, *Land of Strangers* (2012), se argumenta que el espacio público tiene una naturaleza y unas virtudes que poco tienen que ver con la calidad de la cultura cívica que, en su defensa, se le quiere asociar, ni con su capacidad para incentivar la activación política de los ciudadanos. La demanda de "revitalización" de los espacios públicos, por ejemplo, suele llevar implícita un imaginario comunitario ajeno (a veces, incluso incompatible) al "derecho a la indiferencia" que rige la interacción pública entre anónimos en la ciudad. También la confianza en soluciones "participativas" parte de un ideal comunitario que, especialmente en el caso de los espacios urbanos, termina primando al vecino-propietario y negando la naturaleza "pública" de los lugares y su valor de uso para todos.

De todas formas, no estamos siquiera negando la deseabilidad de "revitalizar" espacios, ni de promover la cultura cívica participativa; con Amin, a través de nuestras experiencias en el campo de la intervención urbana, nos atrevemos a señalar la indefinición de los conceptos y la débil relación entre espacio público y espacio "comunitario". El contraste entre lo que abstraemos de nuestro trabajo de campo, de nuestro material empírico, y lo que se presenta como evidencia de

partida desde las agencias interventoras, plantea dilemas que atañen tanto al ejercicio de la antropología aplicada como a la más reciente escuela de la “antropología pública”.

Por otra parte está todo lo que acontece y que no se ha identificado o “popularizado” como objetivo; todo lo que no responde a una imagen virtuosa de la sociedad civil, y sin embargo da cuenta de una sociabilidad espontánea e inclusiva. Queda por explicar la organización social de la co-presencia de extraños que, no obstante, saben cómo comportarse y se sienten confiados de la situación, manteniendo cierta distancia amable pero en un contexto predecible, seguro. Como nos recuerda Ash Amin, esta situación es prácticamente un “milagro” cuya trascendencia obviamos. Y es más sorprendente aún si tenemos en cuenta que es el resultado de una práctica situada en un espacio dado, y no el resultado de una elección racional y ética.

Por último, procede recordar que las dificultades analíticas señaladas remiten también a la delimitación obligada del objeto de estudio y de intervención, a escalas y ámbitos que contravienen el carácter holístico y sistémico de nuestra aprehensión de la realidad social. Esto es, como buena parte del origen de los “problemas” detectados, también las soluciones están fuera de los espacios intervenidos y al margen de los residentes o usuarios de la “comunidad”. Retomamos a Aramburu para insistir sobre este punto:

Si queremos comprender lo que pasa en las calles y plazas, no se puede aislar el espacio público de las condiciones de acceso que tiene la gente en otros espacios físicos (como la vivienda o los equipamientos colectivos, públicos o privados), y tampoco se puede aislar del ámbito sociopolítico más amplio. Es decir, el espacio público no se puede tratar como una república independiente, sino en relación con una red de espacios (públicos y privados) y un marco social más amplio (Aramburu, 2008: 147).

## 5. BIBLIOGRAFÍA

- AMIN, Ash. *Land of strangers*. Cambridge: Polity, 2012; 255 pp.
- ARAMBURU, Mikel. “Usos y significados del espacio público”. En: *Architecture, City and Environment*. 2008, año III, 8, pp. 143-151.
- CARDESIN DIAZ, José M. “De ‘Ferrol Urban History’ a la ‘Historia Urbana de Galicia’: Explorando la relación entre memoria, imagen y espacio urbano a través de la web”. En: *Historia Contemporánea*, 2009, 39, pp. 403-432.
- DELGADO, Manuel. *El animal público*. Barcelona: Anagrama. 1999; 218 pp.
- DURAO, Susana; CONÇALVES, Candido G.; CORDEIRO, Graça da I. “Vadios, mendigos, mi-tras: prácticas clasificatorias de la policía de Lisboa”. En: *Política y Sociedad*, 2005, 42(3), pp. 121-138.
- ELLISON, Ralph. *El hombre invisible*. Barcelona: Lumen. (1952) 1966; 581 pp.

Lamela, Carmen; Vázquez, Iria: De la revitalización a la participación. Retos de la antropología...

HOMOBONO MARTÍNEZ, José I. "Del patrimonio cultural al industrial: una mirada socio-antropológica". En: PEREIRO, X. (et al.) (coord). En: *Patrimonios culturales: Educación e interpretación*. Donostia-San Sebastian: Ankulegi Antropología Elkarte, 2008; pp. 57-74.

LAMELA VIERA, Carmen. *La cultura de lo cotidiano. Estudio sociocultural de la ciudad de Lugo*. Madrid: Akal, 1998; 205 pp.

MARTÍNEZ, Miguel. "The citizen participation of urban movements in spatial planning: a comparison between Vigo and Porto". En: *International Journal of Urban and Regional Research*. 2011, 35, pp. 147-171.

MASSEY, Douglas S. "Location Matters". En: *Science*. 2012, 336, pp. 35-36.

RUANO DE LA FUENTE, José M. "Contra la participación: discurso y realidad de las experiencias de participación ciudadana". En: *Política y Sociedad*. 2010, 47(3), pp. 93-108.

SAMPSON, Robert J. "Disparity and diversity in the contemporary city: social (dis)order revisited". En: *The British Journal of Sociology*. 2009, 60, pp. 1-31.

—. RAUDENBUSH, Stephen W. "Systematic Observation of Public Spaces: a new look at disorder in urban neighborhoods". En: *American Journal of Sociology*. 1999, 105, pp. 603-651.